El país político no ha entrado a una era de lideratos modernos. Los líderes se manejan con estilos de conducción arcaicos. Acaso tengan sus razones: todavía las adhesiones de la base social son demasiado emocionales, van del embeleso al odio, de la traición al sacrificio o la muerte, como para considerar que se trata de transferencias racionalizadas, es decir, que pueden encarnarse con igual o mayor fortuna, en uno o en otro ciudadano al que el pueblo distinga por sus sufragios. Se intensifica en la demanda popular, a raíz de la crisis del fin de siglo, una exigencia de relaciones concretas. Así, la anomia nacional, es decir, el fraude de la economía, el embuste de las instituciones, la corrupción de las autoridades y las flaquezas del orden y el poder, acentúan la demanda de relaciones concretas y personales. Es decir, caudillescas. Cuando se vive con temor, reaparecen los lazos singulares que mantenían los jefes de montoneras con sus clientes civiles en tiempos también de zozobra.

[...]

¿Qué viene después del Caudillo? Normalmente, su contrario, los ciudadanos, el común. Partidos modernos, alternancia de los equipos en el gobierno, fluidez institucional, el juego sin sangre ni tragedia entre minorías y mayorías, la normalización, la cosa pública como cosa trivial. La política tratada como algo sencillo y de todos los días, lo que chocará a más de uno de nuestros románticos. Si bien es cierto que nuestros políticos no enrolan más bandas militares como en el siglo XIX —con la excepción de Sendero y uno que otro grupo paramilitar—, hay que decir que las propias fuerzas sociales, patricios como plebeyos, oligarcas como plebe ascendente, no han perdido el hábito de la intransigencia, el apego a una concepción de la vida política como campo de lucha, de cerrada confrontación, como de justa medioeval. Si a esto le añadimos la frecuencia de identificaciones emocionales con un jefe o figura popular y la resistencia a los cambios aun mínimos en las clases acomodadas, se entiende lo lejos que nos situamos de una concepción de la democracia regida por el Derecho. Nosotros, a diferencia

«El mal mesiánico», en:
Hacia la tercera mitad, 1996

de los españoles postfranquistas, vivimos una Transición interminable. Desde Bolívar a nuestros días. Los hombres siguen haciendo los partidos, no al revés. Ante nuestros hombres públicos, a diferencia de españoles o de suizos, o de los habitantes de Andorra que tienen la fortuna de tener sus jefes de Estado fuera del país, ningún balance del Perú puede evitar el mencionarlos, por desgracia.

[...]

¿Cómo es que ha sobrevivido el comportamiento caudillista en una sociedad como la peruana que en los últimos decenios no ha dejado de modernizarse? ¿Modernidad y primitivismo? Las instituciones del tipo de partidos políticos en el caso del Perú, y también el ejército, las universidades y las iglesias reservan un sitio muy importante a los componentes tradicionales internos del liderato. En una larga medida, en un país en donde optar por posturas sensatas es desacreditarse, éstos corresponden a las adhesiones psicosociales y compulsivas del fenómeno caudillista.

[...]

Seamos claros: mientras la política sea drama, escena reducida, ilíada y odisea de unos pocos, habrá caudillos y seguiremos en la antesala de la modernidad. Se comprenderá que ésta es, en gran parte, desdramatización del quehacer político, trivialización de aquellos que cumplen un rol público en la urbe. Con oligarquías de patricios de un lado y líderes mesiánicos de otro, el Perú se empantanó.

[...]

El progreso consiste en que la política se vuelva en el Perú, por eficaz, aburrida. Y que del *Leviatán* de Thomas Hobbes pasemos al *Contrato social* de Jean-Jacques Rousseau, es decir, de la voluntad de uno a la voluntad de todos.

Hugo Neira (1996)



«El mal mesiánico», en:
Hacia la tercera mitad, 1996